

Correspondencia del exilio: Luis Cardoza y Aragón y Juan José Arévalo (1950-1967)

-Los Trasfondos de la correspondencia-¹

Julio César Pinto Soria

Este texto que antecede a las cartas arroja luz sobre los trasfondos políticos, sociales y culturales en que se realiza el intercambio epistolar. Se rescatan datos, el ambiente cultural de la época, sus personajes y el clima de confrontación política.

Las cartas y documentos que conforman la presente publicación parten del año de 1950, sin embargo, la correspondencia propiamente dicha entre Arévalo y Cardoza se inicia el 12 de septiembre de 1954, dos meses después de la caída del presidente Jacobo Arbenz Guzmán (1951-1954), y concluye el 12 de febrero de 1967. El epistolario abarca así trece años cruciales de la historia guatemalteca del siglo XX, es decir, constituye una fuente valiosa sobre la historia reciente de nuestro país. Por otro lado, al mostrarlos en su lado más personal, humano, las cartas permiten acercarse a Cardoza y Arévalo desde otras perspectivas, sin las mitificaciones y satanizaciones construidas en torno suyo durante los años de la *guerra fría*. Cardoza y Arévalo son dos hombres cuyas vidas aún no cuentan con el estudio biográfico que sin duda se merecen.²

El derrocamiento de Arbenz, el 27 de junio del 54, es el motivo que abre la correspondencia. Desde el exilio, Cardoza en México, Arévalo en Chile, comentan los hechos del nuevo gobierno del coronel Carlos Castillo Armas (1954–1957) impuesto por los Estados Unidos. Aluden al imperante clima de persecución, la quema de libros, la abolición de las reformas de la Revolución de Octubre, el saqueo, entrar “a saco”, sentencia Cardoza, de los bienes nacionales. Las siguientes cartas continúan vinculadas con el acontecer político guatemalteco y sus distintas consecuencias: el asesinato del presidente Castillo Armas, a mediados de 1957; la presidencia del general Miguel Ydígoras Fuentes (1958–1963); el golpe militar de Enrique Peralta Azurdia (1963-1966), hasta concluir con la presidencia de Julio César Méndez Montenegro (1966–1970).

Durante la presidencia de Ydígoras, cuya política de *Reconciliación Nacional* abrió la posibilidad del retorno para muchos exiliados,³ aminoró la persecución instaurada con la intervención norteamericana del 54, un clima político que parecía revertir lo sucedido, retomar lo perdido con la caída de Arbenz. Destaca, como se le llama en una de las cartas, la “aventura” presidencial de Arévalo de principios de 1963. El intento de Arévalo de llegar nuevamente a la presidencia se vería frustrado con el golpe de Peralta Azurdia; que además de terminar con las ilusiones democráticas, entronizó el régimen militar que prevalece en Guatemala prácticamente hasta la firma de la paz de 1996.

¹ “Los trasfondos de la correspondencia”, en: *Correspondencia del exilio. Luis Cardoza y Aragón, Juan José Arévalo (1950-1967)*. Guatemala: Editorial Universitaria, 2011, pp.17-42.

² Los estudios sobre Cardoza se refieren por lo regular a la obra literaria, pocos se ocupan con su biografía política. Sobre Arévalo tampoco existe una biografía digna de su vida política. Delli Sante, Angela, *Arévalo: pensador contemporáneo*. México: Costa Amic, 1962.

³ Sobre la presidencia de Ydígoras se puede consultar: Ebel, Roland H., *Misunderstood Caudillo Miguel Ydígoras Fuentes and the Failure of Democracy in Guatemala*. Tulane Studies in Political Science and University of America, Inc. Lanham. New York. Oxford, 1998.

Las cartas informan en especial sobre asuntos políticos. En tal sentido se les puede desglosar en dos grandes períodos: uno que se inicia en la segunda mitad de 1954, el cual culmina con la Revolución Cubana de principios de 1959; y otro que va de 1960 a 1967, año en que finaliza la correspondencia. Las cartas del primer período están escritas bajo el impacto de la caída de Arbenz, se examinan las causas de la derrota y se marca a los culpables – así lo hace Arévalo⁴, se tejen planes para recobrar lo perdido. Entre 1960 y 1966 se interrumpe la correspondencia, reflejo del distanciamiento que impone entre ambos el acontecer político guatemalteco y latinoamericano, donde la Revolución Cubana constituye sin lugar a dudas el mojón parteaguas. El segundo período, que cubre un año con sólo cinco cartas, se abre con una misiva de Cardoza del 5 de abril de 1966, año en que Guatemala, con la asunción a la presidencia de Méndez Montenegro (1966–1970), inicia otra etapa de su tenebrosa historia política del siglo XX. La última carta, del 11 de febrero de 1967, es de Arévalo, enviada desde México, país donde residía desde principios del año.

El epistolario se inicia cuando Arévalo y Cardoza están frizando los cincuenta años, ambos todavía en la plenitud de la vida, cuando la derrota parecía un hecho reversible, optimismo que transmiten las cartas. Trece años después el tono es otro, se percibe el cansancio, los desencantos, no se ha podido recuperar lo perdido, al contrario, los peores momentos de la historia guatemalteca estaban aún por venir. Los que tomaron el poder en 1954 no permitirían la más mínima apertura democrática, que fue el motivo del derrocamiento de Ydígoras Fuentes. Estados Unidos, país determinante en la caída de Arbenz, apoyó de inmediato el golpe militar de Peralta Azurdia.⁵ El resultado fue el enfrentamiento armado, la represión que hunde a Guatemala en un pozo de sangre en los años siguientes.

Este ambiente de derrota marca las últimas cartas. El exilio, doloroso como ha sido siempre, se prolongaría a lo largo de la vida para muchos guatemaltecos. Numerosos exiliados, entre ellos Cardoza, no retornarían más a la patria. La migración guatemalteca, como escribe Arévalo en una de las cartas finales, se fue cubriendo de “negros crespones”. En 1965 ocurre el suicidio de Arabella Arbenz, la hija del ex presidente Arbenz, sino trágico que sella la muerte solitaria de Arbenz en el exilio México, a principios de 1971.

Cardoza había abandonado Guatemala en 1920, cuando una sublevación popular le pone fin a la dictadura de Manuel Estrada Cabrera (1898–1920). Un año después ocurre el golpe militar del general José María Orellana (1921–1926). El ascenso al poder del general Jorge Ubico (1931–1944) no dejó la menor duda sobre el nuevo enseñoramiento de la dictadura en Guatemala. Estos hechos siembran el pesimismo en Cardoza y lo mantienen alejado del país por más de dos décadas. No era para menos, de un poco más de un siglo de vida independiente hasta la dictadura de Ubico, Marroquín Rojas sacó las cuentas, ochenta y uno habían sido de “despotismo completo”.⁶

En 1944 Cardoza retorna a Guatemala y se involucra en las dinámicas políticas, sociales y culturales que vivía el país, pero chocó con el medio local, que a pesar de su revolución, o por lo mismo, se mantenía aferrado a las santurroneñas y convencionalismos que lo habían alejado un cuarto de siglo atrás. Traía como compañera a Lya Kostakosky, una rusa, y la gente al escuchar su nombre se persignaba.⁷ La *Revista de Guatemala*, la mejor que ha tenido el país, pasó

⁴ Ver carta de Arévalo del 6 de diciembre de 1954, p. 71

⁵ Pinto Soria, Julio César, “Estados Unidos y la dictadura militar en Guatemala: el derrocamiento de Ydígoras Fuentes en 1963”. *Política y Sociedad*. V Época No. 41 (2003), pp. 25 – 48.

⁶ Marroquín Rojas, Clemente, *En el mundo de la polémica*. Guatemala: Tipografía Nacional, 1971. p. 73.

⁷ Cardoza, El río, p. 629.

prácticamente desapercibida, sospechosa ya por los ideales de su fundador de querer hacer de Guatemala un país menos cavernario, donde sus hombres vivieran con la dignidad iguales. Haber promovido el 1 de mayo como día festivo de los trabajadores es algo que todavía no le perdonan los empresarios guatemaltecos.

Desde la prensa amarillista se le descalificó y calumnió hasta la saciedad. Arévalo, que lo quería y respetaba, se dio cuenta que Cardoza se movía en un campo minado. Lo traslado entonces al campo o diplomático, donde le daba mayores brillos a su gobierno, como lo hacía Miguel Ángel Asturias. La actitud hostil no cesó. Marroquín Rojas lo acusó de ser el promotor intelectual del *Bogotazo* de 1948, el levantamiento popular que hundió a Colombia en una terrible guerra civil, donde Cardoza había representado a Guatemala en la IX Conferencia de la OEA.⁸ Al final Cardoza no se entendió ni con los comunistas del PGT, por los ideales políticos, su gente más cercana, pero cuya mayoría, marxismo aparte, seguían siendo fervorosos cucuruchos.

A finales del 52, cansado de tanta saña y provincialismo, del que no escapaba la propia izquierda, como le escribe a Arévalo,⁹ Cardoza hizo maletas y retornó a México. En México, dos años después, lo sorprende la caída de Arbenz, hecho que considera: “La mayor tragedia de nuestra historia desde la independencia hasta la fecha”.¹⁰ El significado que le atribuye al derrocamiento de Arbenz hay que entenderlo en esa historia dictatorial de Guatemala, que se reimplanta en el 54. Fue la gota de agua que colmó el vaso, pero que esta vez, aunque siempre ausente, lo unirá más que nunca a la patria. A partir de entonces, como lo recuerda Augusto Monterroso,¹¹ el menor de los actos de Cardoza estará en función de Guatemala; era el motivo que podía distanciarlo de escritores como Mario Monteforte Toledo, de políticos que le eran queridos, como el caso de Arbenz, a quien nunca le perdonará la intempestiva renuncia a la presidencia de 1954.

Entre Cardoza y Arévalo existía una relación de amistad que se remontaba a los finales de los años veinte, cuando coinciden en París, como recuerda Arévalo en una de las cartas. La Revolución de Octubre fortalecería los antiguos lazos. Los dos eran hombres de temperamentos fuertes, de tendencias políticas divergentes, y las controversias nunca faltaron. En una de las cartas Arévalo le reprocha dolido haber sido injusto con él en una ocasión en México. Seguramente no era el único en quejarse. Cardoza tenía fama de duro, pendenciero, lo que parecía confirmar el físico de cara de lobo - cargaría con el renombre -, tal y como aparece en un retrato que le hace José Clemente Orozco.¹² Bajo la superficie hosca se encontraba un hombre noble, leal en la amistad. La relación con Arévalo se mantendría hasta principios de los años sesenta. A partir de entonces, como recuerda Cardoza en las memorias,¹³ los distancian los desacuerdos políticos, aunque nunca totalmente. A la par de la política, un vínculo difícil, contradictorio, sobre todo en los terribles años de la *guerra fría*, los siguió uniendo la suerte del país, una vieja amistad, las inquietudes intelectuales.

Cardoza y Arévalo pertenecían a la misma generación de estratos medios descontentos con el régimen dictatorial de Estrada Cabrera, a cuya sombra habían crecido y terminaría marcándoles la conciencia antidictatorial. Uno de los recuerdos que Cardoza nunca olvidaría es una visita al padre en las mazmorras de la dictadura.¹⁴

⁸ Ver más adelante p. 145.

⁹ Ver carta de Cardoza del 12 de diciembre de 1954, p.81.

¹⁰ *Ibid.*, p. 78.

¹¹ Monterroso, Augusto, *La vaca*. México: Alfaguara, 2001, p. 56.

¹² Un buen estudio testimonial sobre Cardoza en los años cincuenta: Navarrete Cáceres, Carlos, *Luis Cardoza y Aragón y el Grupo Saker-ti*. Guatemala: CEUR - USAC, 2002.

¹³ Cardoza, *El río*, p. 725 y siguientes.

¹⁴ *Ibid.*, *El río*, pp. 120 - 121.

Ambos, como muchos otros jóvenes de su generación, Cardoza en la capital, Arévalo en la provincia, participaron en el derrocamiento del tirano.¹⁵ El odio a las dictaduras, la preocupación por la situación política y social de Guatemala, que Arévalo encara durante su presidencia, es el vínculo que los unirá más allá de las divergencias ideológicas.

La formación de Cardoza, aunque más europea y vanguardista, no era muy diferente a la de Arévalo. Ambos, en los años formativos, habían logrado evadir el mediocre ambiente intelectual guatemalteco. En 1920 Cardoza se traslada a Europa donde entra en contacto con las vanguardias literarias y sociales de su tiempo. Por esos años Arévalo también se vincula con Europa, que es cuando se conocen en París. En 1927 Arévalo se radica en la Argentina; país donde hace los estudios de filosofía y permanece prácticamente hasta su retorno a Guatemala en 1944; una nación formada por emigrantes europeos, abierta, de tradición cívica y efervescencia política, de donde irradia a América Latina el movimiento estudiantil renovador de Córdoba de principios del siglo. En este ambiente se forma el pensamiento político, social y cultural de Arévalo, que se caracterizará por la amplitud de ideas, el afán del cambio, la modernidad. Y precisamente en el marco de las ideas, en la praxis política, en la elección de los caminos que debían modernizar el país, surgirán las diferencias con Cardoza.

En 1946, recién concluida la segunda guerra mundial, en un gesto de acercamiento, Cardoza le dedica al presidente de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt (1932-1945), *Retorno al futuro*,¹⁶ un libro con sus impresiones de un viaje reciente a la Unión Soviética. Después Cardoza se distanciaría del acto, lo atribuyó a que quería atenuar la imagen izquierdista en Guatemala.¹⁷ La actitud refleja de todos modos su evolución ideológica, las diferencias con Arévalo; quien permanece, como se autodenomina en las últimas memorias, un “prosélito” del presidente Roosevelt.¹⁸ Arévalo se mantendrá fiel a estas identificaciones políticas, económicas, sociales y culturales; entre sus guías intelectuales permanecen el mexicano José Vasconcelos, el argentino José Domingo Sarmiento, etcétera, quienes habían influido en su formación como pedagogo,¹⁹ campo donde haría una de las mayores innovaciones durante su presidencia.

En síntesis, como lo llama Cardoza en *El río*, Arévalo era un humanista “liberal”;²⁰ y él, definitivamente, un hombre de inclinaciones marxistas. Estas diferencias de pensamiento, mientras no cambiaron los contextos, los compromisos políticos, no fueron motivo de distanciamiento. Era la formación liberal de la generación de Cardoza, donde contaba con varios amigos, Alfonso Reyes en México, César Brañas en Guatemala, por ejemplo. Arévalo, por su parte, era amigo de prominentes comunistas: del pedagogo uruguayo Jesualdo Sosa, del poeta Pablo Neruda, de César Godoy Urrutia, ambos miembros del Comité Central del Partido Comunista chileno, de Víctor Manuel Gutiérrez, un destacado dirigente comunista guatemalteco.

Las inquietudes intelectuales permanecerán un vínculo importante entre Arévalo y Cardoza. En el período que cubre la correspondencia se gestan algunas de las obras más importantes de ambos, sobre las cuales intercambian reflexiones, comentan sobre autores. Arévalo le consigue a Cardoza varios de los libros que éste utiliza en

¹⁵ *Ibíd.*, pp. 144- 151. Arévalo, Juan José, *Memorias de Aldea*. México: Editorial Orión, 1963, pp. 365 – 369.

¹⁶ *Retorno al futuro*. 2. edición. México: Letras de México, 1948.

¹⁷ Cardoza, *El río*, p. 645.

¹⁸ Arévalo, Juan José, *Despacho Presidencial. Obra Póstuma*. Guatemala: Editorial Oscar de León Palacios, 1998, p. 163.

¹⁹ *Ibíd.*, pp. 300 – 301.

²⁰ Cardoza, *El río*, p. 726.

Guatemala las líneas de su mano. Arévalo, antes que todo, era un escritor, un lector de Quevedo; después, en los avatares de la vida, se volverá un político, sin abandonar las inquietudes humanistas, la vocación por la escritura, como testimonia su amplia obra. Desde esta base se entendían y respetaban. Arévalo admiraba la obra de Cardoza, a quien llama “maestro”, cuyos pasos seguía, le escribe, desde que lo conoce en 1927. Cardoza, por su lado, había hecho una valoración positiva del período presidencial de Arévalo,²¹ de la que nunca se retractaría.

Arévalo, aunque no las compartiera, respetaba las posiciones políticas de Cardoza, sabía que era un hombre íntegro; tal vez un poco idealista, uno de esos escritores cuya independencia intelectual nunca era bien vista por los gobernantes de turno, como le escribe en una de las cartas.²² Lo de idealista se lo endosa Arévalo a los marxistas en general; la independencia intelectual era algo propio de Cardoza. En 1951 Arbenz le pidió que fuera su encargado de las Relaciones Públicas de la Presidencia; pero, según José Manuel Fortuny, primero debía afiliarse a uno de los partidos que lo habían llevado a la presidencia. Cardoza se negó rotundamente, respondió: “que jamás se afiliaría a un partido político”.²³ Hasta el final de sus días Cardoza defendió celosamente su independencia partidista.

En 1966, después de una interrupción de cinco años, la correspondencia se retoma y se cierra con cierta cordialidad, aunque las distancias políticas estaban ya marcadas. La primera carta, burlón como siempre, recordándole que tres años atrás los militares le habían impedido el retorno a la presidencia, la concluye Cardoza llamando a Arévalo “domador de gorilas”.²⁴ En *El río* le dedica duros epítetos, pero reconoce sus logros presidenciales, el único presidente “letrado” que había tenido Guatemala en toda su historia.²⁵ Años después, cada uno en el lugar que había elegido o la historia les depara, Cardoza en el exilio, Arévalo embajador del gobierno del general Kjell Eugenio Laugerud García (1974–1978), le obsequió, “cordialmente” dedicado, *Guatemala las líneas de su mano*. Habían transcurrido los tumultuosos años sesenta, y es evidente que Cardoza hubiera preferido un ex presidente más comprometido con las causas revolucionarias de la época, “antiimperialista”, como en los mejores años de su gobierno. Al contrario, en 1973, Arévalo había aceptado la Orden del Quetzal de manos del general Carlos Arana Osorio (1970–1974), una de los gobiernos más sanguinarios de la época.²⁶

El derrocamiento de Arbenz colocaría nuevamente la figura de Arévalo en un lugar especial en la vida política guatemalteca. En condiciones adversas, desde el exilio, su carrera como estadista vivió un recorrido triunfal, similar al de 1944, cuando desde la Argentina se convierte en la principal carta electoral de los revolucionarios guatemaltecos. Por lo menos hasta las elecciones presidenciales del aciago año de 1963, que todo apuntaba a que ganaría, Arévalo sería de nuevo la principal figura de las fuerzas revolucionarias guatemaltecas.

La carrera política de Arbenz, por el contrario, terminaría con la renuncia presidencial del 54. Asumió de inmediato toda la responsabilidad de la derrota, que su liderazgo, mantenido a lo largo de diez años, había terminado; pero no su entrega a los ideales de la Revolución de Octubre. Según Arévalo, el propio Arbenz le habría propuesto que

²¹ Cardoza y Aragón, Luis, “El Gobierno del Presidente Juan José Arévalo”. *Revista de Guatemala*, 1.

Segunda Época (Guatemala, abril-junio de 1951), pp. 7 - 40.

²² Ver carta de Arévalo del 18 de enero de 1958, p. 154.

²³ Fortuny, José Manuel, *Memorias de José Manuel Fortuny*. Guatemala: Oscar de León Palacios, 2003, p.113.

²⁴ Ver carta de Cardoza del 5 de abril de 1966, p. 237.

²⁵ Cardoza, *El río*, pp. 726 -727.

²⁶ *Ibíd.*, p. 731.

asumiera la dirección del derrotado movimiento revolucionario, donde él serviría como un “soldado” más.²⁷ En las mismas circunstancias de la derrota, con igual sencillez, le ofreció todo su apoyo al coronel Carlos Paz Tejada, un militar que había destacado durante la Revolución de Octubre, con fuerte liderazgo entre las fuerzas revolucionarias después de la caída de Arbenz.²⁸

Cardoza le apostó por largos años a la popularidad de Arévalo, y hasta podría pensarse, sino fuera por la amistad que prevalecería más allá de los desacuerdos, que este es el principal motivo de la correspondencia. Cardoza fincaba todas sus esperanzas en un movimiento cívico popular, donde Arévalo, como en el 44, fuera de nuevo la “bandera” que permitiera recuperar lo perdido.²⁹ Así había sucedido en Venezuela con la caída del dictador Marcos Pérez Jiménez en 1957, lo que sin duda lo alentó, como lo alentaba entonces cualquier movimiento popular latinoamericano. Sólo después, conforme se entroniza la represión política y se afianzan en el poder los militares, los coroneles, “¡Cuánto coronel!” escribirá con frustración en una de las cartas,³⁰ y la Revolución Cubana parece ofrecer alternativas más claras y eficaces, Cardoza radicalizará sus posiciones políticas. En una de las cartas, recién triunfado el movimiento revolucionario cubano, Cardoza, que durante la invasión del 54 había sugerido la lucha de guerrillas como respuesta,³¹ ve con desconfianza los métodos de lucha armada para Guatemala, un *aventurerismo* que sólo llevaría a más represión, como escribe en otra carta también en relación con el levantamiento armado cubano.³²

Cardoza no estaba equivocado sobre la popularidad de Arévalo. Sus logros durante la presidencia, el Seguro Social, el Código de Trabajo, etcétera, reformas trascendentales en la historia del país, estaban frescos en la memoria de los sectores populares de Guatemala. Los trabajadores, por primera vez, tuvieron derecho a la jornada laboral de ocho horas, a la sindicalización; los campesinos, con la reforma agraria de Arbenz, a la tierra, a una vida más digna y decorosa. Con la caída de la Revolución todas las reformas fueron abolidas o convertidas en letra muerta. En la medida que la población guatemalteca sale del letargo y se recrudece un régimen de represión y miseria, el nombre de Arévalo fue de nuevo vitoreado por las masas populares, su efigie encabezaría las manifestaciones obreras del primero de mayo. Arévalo, por otro lado, era un político con prestigio continental, lo que Cardoza siempre le recuerda y aquél sabía de sobra, pues eran las cosas que alimentaban su enorme y famoso ego. Mucho presidente, aún para un país como Estados Unidos, se decía entonces entre los guatemaltecos.

A Cardoza y Arévalo les tocó vivir una época difícil, marcada por la confrontación entre comunismo y anticomunismo, que se agudizaría con la caída de Arbenz. Era el signo de los tiempos, pero en Guatemala, un país hundido en la miseria y el atraso, polarizado étnica y socialmente, frustrado por el reciente fracaso reformista, encontraría un terreno fértil para extenderse como la peste. El ambiente de confrontación ideológica atravesaba todo el cuerpo social, incluyendo a las fuerzas de izquierda. Con la Revolución de Octubre, cuyo impacto se siente a lo largo de la segunda mitad del siglo, se establecieron nuevas amistades, como también relaciones conflictivas, por lo regular, estrechamente ligadas al acontecer político, que permanecerá el principal referente. Así surgen las amistades de Arévalo con Arbenz, con Manuel Galich, entre otras. También las enemistades con Jorge García Granados,

²⁷ Arévalo, Juan José, *Escritos complementarios*. Guatemala: Cenaltex, Ministerio de Educación, 1988, p. 37. Ver también carta de Arévalo del 9 de enero de 1955, p. 37.

²⁸ Figueroa Ibarra, Carlos, *Paz Tejada, Militar y Revolucionario*. Guatemala: Editorial Universitaria, 2001.

²⁹ Ver carta de Cardoza del 22 de agosto de 1958, p. 166.

³⁰ Ver carta de Cardoza del 6 de diciembre de 1954, p.80.

³¹ Cardoza y Aragón, Luis, *La revolución guatemalteca*. Guatemala: Editorial del Pensativo, 1994, p. 86.

³² Ver más adelante p.,146.

con los hermanos Jorge y Guillermo Torillo, o con Víctor Manuel Fortuny. La derrota del 54, el recrudecimiento de la *guerra fría*, pusieron a prueba estas amistades. Las relaciones entre Arbenz y Arévalo se deterioran rápidamente. Ya a finales de 1954 Arévalo se refiere a una “ruptura” con Arbenz.³³ Detrás estaban las polarizaciones, cada vez más un elemento decisivo en el mundo político y social de los guatemaltecos.³⁴

No sucedió igual con Cardoza y Arévalo. La amistad venía de años atrás, y en medio de todo se mantiene, pero se vio afectada por el mismo trasfondo histórico e ideológico. Las cartas de los primeros años están escritas en tono amistoso, en la confianza de antiguos amigos. Arévalo lo llama “luisin”, Cardoza le responde como “tu viejo amigo invariable”.³⁵ A finales de los sesenta, conforme se agudiza la *guerra fría*, cambia el tono, se produce el distanciamiento. El anticomunismo, que había sido utilizado para provocar la caída de la Revolución de Octubre, una banderilla clavada en el lomo del país, va creando tensiones, largos silencios. Cardoza, medio en broma, medio en serio, él también defendiendo banderas ideológicas, lo alerta de caer en el anticomunismo. Arévalo, en el mismo tono, le resalta las limitaciones de los políticos marxistas. Durante la presidencia Arévalo había dado muestras claras de su anticomunismo, pero sin caer en actitudes beligerantes.³⁶ Ahora, aunque niega ser anticomunista, arremete cada vez más contra los “pegetianos”, gente que desde siempre lo habría combatido.³⁷

En resumen, el tema comunismo/anticomunismo se vuelve difícil, los distancia, crea malhumor. La tensión, que no había pasado de respuestas irónicas, se agudiza con la Revolución Cubana de inicios del 59. Al principio comparten el entusiasmo. Arévalo escribe sobre el “ejemplo maravilloso de Castro”; recuerda los años en que funda la “Legión del Caribe” para combatir tiranías como la de Trujillo en la República Dominicana, política que según él, debía retomarse.³⁸ A finales de 1959 Arévalo visita Cuba y se entrevista con los principales líderes de la revolución. Su *Fábula del tiburón y las sardinas*,³⁹ en una edición de cien mil ejemplares, se publica de inmediato por las nuevas autoridades cubanas. Durante la estancia en Cuba Cardoza le escribe una carta especialmente amistosa.⁴⁰

En el transcurso de 1960, en la medida que la Revolución Cubana se radicaliza, Arévalo tomará distancia de ella, lo que finalmente hace público a inicios de 1961, desde Caracas.⁴¹ La identificación de Cardoza, por el contrario, aumenta con los cambios revolucionarios de Cuba, que a principios de 1962, con la *Segunda Declaración de La Habana*, orientan hacia un orden socialista. En todo 1960 sólo se registra un intercambio de información a inicios del año sobre un viaje a México que Arévalo ya no realiza. La próxima carta de Cardoza, del 15 de enero de 1961, donde le escribe que los políticos revolucionarios se definen por la posición que asumen frente a la Revolución Cubana, sin ningún “pútrido tufillo anticomunista”,⁴² ya no obtiene respuesta de Arévalo.

³³ Ver carta del 6 de diciembre de 1954, p. 69.

³⁴ La carta de Cardoza del primer semestre del 57 refleja estas divisiones entre los emigrantes guatemaltecos en torno a las figuras de Arbenz y Arévalo. Ver más adelante p.142.

³⁵ Ver más adelante p. 150.

³⁶ Flores, Marco Antonio, *Fortuny: un comunista guatemalteco. Memorias*. Guatemala: Oscar de León Palacios-Editorial Universitaria USAC, 1994, pp.174-175.

³⁷ Ver por ejemplo carta del 9 de octubre de 1955, p.109.

³⁸ Carta de Arévalo del 31 de enero de 1959, p. 195.

³⁹ *Fábula del tiburón y las sardinas*. Guatemala: FLAGSO Guatemala, 2005.

⁴⁰ Ver carta de Cardoza del 23 de octubre de 1959, p. 206.

⁴¹ Arévalo menciona principios de 1961 como fecha en que se distancia de la Revolución Cubana. *Escritos complementarios*, p. 76.

⁴² Ver más adelante p.218.

A partir de la caída de Arbenz las identificaciones ideológicas determinarán cada vez más el tono de las relaciones entre intelectuales y políticos guatemaltecos. Nuevas y antiguas amistades se medirán o serán afectadas por este rasero. Cardoza comparte ideales con el PGT, principalmente con los escritores y artistas del *Grupo Saker – ti*, los cachorros intelectuales de este partido, pero rechaza la rigidez de pensamiento de sus dirigentes; quienes, por su lado, lo ven con desconfianza.⁴³ Al contrario de Pablo Neruda, Cardoza siguió resguardando la independencia partidaria. Sin embargo, con el tiempo, esto no hará diferencias para Arévalo. Militante o no, Cardoza era un hombre del PGT, un comunista, como recuerda Cardoza en *El río* y Arévalo confirma con cierto distanciamiento en los *Escritos complementarios*.

Con la Revolución Cubana, comunista o no, Cardoza se radicalizará, toma distancia de las salidas electorales, que nunca le habían interesado como simple legalismo burgués, sino como punto de partida para cambios profundos, como había sucedido en el 44.⁴⁴ El legalismo burgués, que Arbenz había respetado hasta el final con el precio de la derrota, pierde todo sentido para Cardoza. Ya entonces, desde México, había aconsejado mandar al diablo el orden legal y organizar la resistencia armada contra la invasión de Castillo Armas.⁴⁵ Los políticos no le prestaron atención, aconsejaba desde México y tenía fama de poeta *radical*. A partir de entonces, sin embargo, el golpismo militar, la acción conspirativa, las guerrillas, marcarán la vida política de los guatemaltecos. Arévalo, entusiasmado con el triunfo cubano, escribe que el pueblo guatemalteco ya sabía “sumar”, y que de repente podía convertir los “sumandos en pólvora”.⁴⁶ El orden legal permanecerá de todos modos la principal trinchera de Arévalo: “la verdadera arma del arevalismo”, como escribe a mediados de 1961.⁴⁷ Esta encrucijada, las formas idóneas para llegar al poder y hacer los cambios que urgían al país, separará los caminos de Cardoza y Arévalo.

Cardoza, quien desde el 54 había considerado a Arévalo “nuestra posibilidad más clara”,⁴⁸ ya no lo apoyará en la campaña presidencial de 1963. El panorama guatemalteco y latinoamericano había cambiado para entonces. El ejemplo cubano pareció ser el camino para los cambios largamente esperados, para salir de la frustración en que hundió la derrota del 54. Aquí se inscribe el movimiento guerrillero de los años sesenta, parte o reflejo del creciente descontento popular; como también la posición radicalizada de los defensores del *status quo*, representados por el ejército. A principios de 1962, cada vez más desprestigiado, el gobierno de Ydígoras enfrenta las protestas populares capitalinas de Marzo y Abril,⁴⁹ las más peligrosas que conocía el país después de la revolución del 44, como informó la embajada norteamericana.⁵⁰ El ejército, al precio de convertirlo en marioneta suya, salvó a Ydígoras de la situación difícil. La figura clave fue el coronel Enrique Peralta Azurdia, quien a finales de marzo del año siguiente, como Ministro de la Defensa, dará el fatídico golpe militar. Al golpe de Peralta le sigue el de Honduras a finales del mismo año. Centro América, con la excepción de Costa Rica, se erizaría de bayonetas. Los golpes militares en Brasil y Bolivia el año siguiente consolidarán el gorilato militar en el resto del continente, por lo menos hasta los años ochenta.

⁴³ Navarrete, *Luis Cardoza y Aragón*. Cardoza, *El río*, p. 369. .

⁴⁴ Ver carta de Cardoza del 22 de agosto de 1958, p. 167.

⁴⁵ En carta del 12 de diciembre de 1954 Cardoza menciona un escrito que le habría hecho llegar a Arbenz poco antes de la caída, alertándolo sobre la situación peligrosa que vivía el país. Ver más adelante p. 79. También Cardoza, *La revolución guatemalteca*.

⁴⁶ Carta de Arévalo del 6 de diciembre de 1959, p.208.

⁴⁷ Arévalo, *Escritos complementarios*, p. 74.

⁴⁸ Carta de Cardoza a Roberto Alvarado Fuentes del 12 de octubre de 1964, p. 230.

⁴⁹ Colom Arqueta, Manuel, *Guatemala: El significado de las jornadas de Marzo y Abril (1962)*. CEUR/USAC, 1995.

⁵⁰ Pinto Soria, “Estados Unidos y la dictadura militar en Guatemala”.

El objetivo de los golpistas, según la proclama militar, era detener la amenaza comunista que representaba la llegada de Arévalo a la presidencia: “La República se halla al borde de un conflicto interno, como resultado de la subversión permanente que han propiciado los sectores procomunistas;...a quienes se apronta entregar el mando de la Nación, retornándose así a los regímenes antidemocráticos que fueron expulsados mediante cruentos sacrificios del pueblo de Guatemala”.⁵¹

Contra Arévalo se retomaba la banderilla del comunismo, que había resultado exitosa en el 54. Arévalo nunca había sido comunista, mucho menos lo era entonces; pero mantenía viva la llama del 44, la necesidad de las reformas, que era a lo que realmente le temía la oligarquía guatemalteca. El intento de Ydígoras de establecer un impuesto sobre la renta había sido uno de los motivos del CACIF para apoyar el golpe militar de Peralta Azurdía.⁵² Arévalo se seguía también oponiendo al papel preponderante de la Iglesia católica, ahora entronizada en el poder con el feroz anticomunismo desplegado por el arzobispo Mariano Rossell y Arellano (1939 – 1964), quien celebró el golpe militar con una solemne misa de acción de gracias en la catedral metropolitana.⁵³ Para Arévalo Guatemala permanecía un país semi feudal, cuyos graves problemas podían enfrentarse con reformas de orden económico y social, pero dentro de una democracia partidista.⁵⁴ La propuesta reformista de Arévalo coincidía con el proyecto desarrollista de la *Alianza para el Progreso*, creado entonces por el presidente John F. Kennedy (1917-1963) para enfrentar el ejemplo socialista cubano.

Kennedy, sin embargo, le dio la espalda a Arévalo, apoyó el golpe de Peralta Azurdía, como se informó Arévalo después.⁵⁵ La misma política, el mismo año del 63, practicó Estados Unidos en la República Dominicana con el golpe militar que derrocó al social demócrata Juan Bosch (1909–2001), elegido presidente en 1962, después de la muerte de Trujillo. A lo largo del continente Estados Unidos apoyaría, especialmente a partir de la presidencia de Lyndon Johnson (1963-1969), un proyecto contrainsurgente anticomunista que en Guatemala no haría diferencias entre la izquierda radicalizada y las tendencias de centro derecha que representaban políticos como Arévalo. Éste, se haría a un lado, más allá del fin de la carrera política, no sufriría las consecuencias. Otros líderes, valientes y visionarios, tampoco comunistas, como Manuel Colom Argueta, Alberto Fuentes Mohr, y tantos más, serían las víctimas de la política represiva del ejército guatemalteco, cuyo principal objetivo será el desaparecimiento, la aniquilación física del adversario, el “enemigo interno”, la macabra divisa que hundió en sangre a Guatemala en las décadas siguientes.

El golpe militar de 1963 le confirmó a Cardoza las desconfianzas en las salidas electorales y le puso fin a la carrera política de Arévalo; fue un “derrumbe”, escribe en las memorias.⁵⁶ Arévalo era el dirigente nato; se sentía bien entre los nubarrones de la política, sabía mantener “a todos” a su lado, como se jacta en una de las cartas,⁵⁷ que era lo que se necesitaba para poder retomar la bandera perdida por Arbenz, que si se olvidaran sus propios vehementes deseos, se podría decir que caía casi por inercia en sus manos. El “renacimiento del arevalismo” fue prácticamente inmediato a la caída de

⁵¹ La proclama golpista en: Villagrán Kramer, Francisco, *Biografía política de Guatemala: Los pactos políticos de 1944- 1970*. Guatemala / Costa Rica: FLACSO, 1993, pp. 379 – 380.

⁵² Ebel, *Misunderstood Caudillo*, p. 256.

⁵³ Calder, Bruce, *Crecimiento y Cambio de la Iglesia Guatemalteca 1944 – 1966*. Guatemala: Editorial José de Pineda Ibarra, 1970, p. 159.

⁵⁴ Arévalo, *Escritos complementarios*, pp. 341 – 362.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 111.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 109.

⁵⁷ Ver carta de Arévalo del 6 de diciembre de 1954, 71.

Arbenz. Pero pasarían varios años para que la figura de Arévalo se proyectara realmente de nuevo en Guatemala. El ingreso a México, el lugar ideal para organizar el retorno a la presidencia, le permaneció largo tiempo negado por las autoridades mexicanas, lo que le arranca amargos reproches. A mediados de 1957, con el asesinato de Castillo Armas, se dio la posibilidad de lanzar su candidatura presidencial, pero antiguos adversarios, Mario Méndez Montenegro, proclamándose los verdaderos herederos de la Revolución de Octubre, le obstaculizan el paso dentro del país.

En medio de los altibajos, que las cartas registran, su retorno a la presidencia era un hecho del que ni sus enemigos dudaban, como se lo hacía ver Cardoza, algo que Arévalo percibía claramente.⁵⁸ En esta certeza, en 1959, desde Cuba, llegó a afirmar que de regresar a Guatemala sería recibido como Napoleón al retorno de la Isla Elba.⁵⁹ Arévalo era un ególatra, pero no exageraba. Amplios sectores de la población lo veían como la respuesta a la creciente situación de pobreza, al caos y la corrupción en que había terminado el gobierno ydigorista. El golpe militar fue un “derrumbe”, una enorme frustración, no sólo para Arévalo, sino para la mayoría de sus simpatizantes, que inútilmente se quedaron esperando una respuesta suya, como escribe en las memorias.⁶⁰ Al contrario de Napoleón, Arévalo no dio ninguna batalla final. Marco Antonio Yon Sosa, levantado en armas contra Ydígoras desde tres años atrás, le pidió que encabezara la resistencia popular. Arévalo le respondió que no convertiría a Guatemala “en un lago de sangre”.⁶¹

Una década atrás Arbenz había renunciado a la presidencia para evitar “las masacres” que desencadenaría la intervención norteamericana si se empeñaba en mantenerse en la presidencia.⁶² En una de las cartas Arévalo critica la actitud de Arbenz; los muertos, escribe, de todos modos no se evitaron.⁶³ Arbenz podía hacerle ahora el mismo reproche: su decisión tampoco evitaría que Guatemala se convirtiera “en un lago de sangre”. La embajada norteamericana informó que Arévalo había advertido en varias ocasiones a sus seguidores contra las respuestas violentas. Y esta fue sin duda una de las razones de su comportamiento, como afirma en una de las últimas cartas.⁶⁴ Aparte de su aversión a provocar una “guerra civil sangrienta”, sus posibles resultados, en las disyuntivas que venía a plantear la Revolución Cubana, podían ir fácilmente contra sus metas políticas. Su mundo eran las elecciones, el orden partidista que la Revolución de Octubre no había tenido el tiempo de construir, que él ahora retomaba; lo otro subvertía las ilusiones en ese orden, algo que Arévalo nunca aceptaría. Y en ese mundo ilusorio de partidos e instituciones democráticas, con el oscuro trasfondo de las bayonetas, terminaría sus días Arévalo.

Los tiempos habían cambiado. Arévalo también; ya no era el político que había fundado la *Legión del Caribe* para combatir las oprobiosas tiranías que infectaban la región después de la segunda guerra mundial.⁶⁵ Dos décadas de brega política, de incertidumbres, dejan huella, agotan. Arbenz tampoco era el mismo. La renuncia del 54 había sido sólo el principio de una caída. En 1962 quiso incorporarse a la guerrilla

⁵⁸ Ver carta de Arévalo del 1 de marzo de 1959, p.197.

⁵⁹ Ebel, *Misunderstood Caudillo*, p. 183.

⁶⁰ Arévalo, *Escritos complementarios*, p. 109.

⁶¹ *Ibid.*, p. 112.

⁶² Es el principal argumento del discurso de la renuncia del 27 de junio de 1954. Flores, *Fortuny: un comunista guatemalteco*, p. 238.

⁶³ Carta de Arévalo del 6 de diciembre de 1954. p. 70.

⁶⁴ Ver carta de Arévalo del 12 de mayo de 1966, p. 239.

⁶⁵ Gleijeses, Piero, *La esperanza rota. la revolución guatemalteca y los Estados Unidos, 1944 – 1954*. Guatemala: Editorial Universitaria, 2005, pp. 141 - 152.

guatemalteca, lo que a final de cuentas no hizo, pues “ya le pesaban” los años, como escribe Manuel Galich, su compañero de intenciones.⁶⁶

Se trataba de nuevos tiempos, los problemas de Guatemala permanecían los de siempre, ahora en nuevos escenarios, agudizados, protagonizados por un nuevo tipo de políticos. El golpe del 63 incubó personajes siniestros, empezando por Peralta Azurdia, un militar enfermizo por el poder, quien desde el 44 venía acechando la presidencia. Un hombre de “mente satánica”, un “resentido político y castrado mental”,⁶⁷ como lo llamarían los partidarios de Ydígoras, dolidos con la traición del antiguo aliado. Con el golpe, bajo la bandera del anticomunismo, los siniestros coroneles que señala Cardoza, formarían una camarilla de militares criminales y corruptos, a cuyo alrededor giraría el poder en las próximas décadas; unos ministros, altos funcionarios, como el sicario Germán Chupina Barahona; otros presidentes, como Carlos Arana Osorio (1970 – 1974), Romeo Lucas García (1978 – 1982). Todos sanguinarios y corruptos, la peor mancha que ha tenido Guatemala a lo largo de su historia. El soldado humilde, indígena o ladino, el oficial noble, que siempre ha tenido este país, no tiene nada que ver con esta aberrante historia.

Arévalo, un humanista, como también un político agudo, percibió de inmediato la tremenda trascendencia del golpe militar para Guatemala: “...algo que agrietaba los cimientos institucionales para muchos años”.⁶⁸ No se equivocó. Guatemala se hundió en la derrota y la frustración, de la que no escaparían los dos ex presidentes revolucionarios. Arbenz, abandonado por todos, muere en el exilio arrastrando una derrota que definitivamente no había sido solo suya, aunque sí su principal protagonista. A Arévalo, acomodado con los gobiernos militares, no le fue mejor. Viejos amigos y compañeros de lucha serían asesinados uno a uno en los años siguientes. Víctor Manuel Gutiérrez, dirigente del PGT, a quien recuerda orgulloso como “arevalista” en la campaña electoral del 63, muere en medio de terribles torturas a finales del gobierno de Peralta Azurdia. Humberto González Juárez, otro viejo amigo revolucionario, quien retornó en el 1962 para organizarle la campaña presidencial, fue asesinado en 1970 cuando Arévalo fungía como diplomático del gobierno de turno.

Arévalo terminó sus días en Guatemala, donde fue objeto de reconocimientos y condecoraciones, los faustos, los oropeles de la vida pública, a los que nunca fue indiferente. Esta historia de represión y muerte de todos modos habrá oscurecido los últimos años de Arévalo, quien muere en 1990. Cardoza, su compañero de sueños, no retornaría nunca más a Guatemala. Al final de su vida, hundido en sus libros, escribiendo su obra, que con la de Arévalo es una de las más importantes con que cuenta Guatemala, tal vez se sintió entre los vencidos, con la vieja frustración de que su país no fuera lo que él soñó. Su último mensaje, un año antes de la muerte en 1992, cuando la Universidad de San Carlos le otorga el Doctor *Honoris Causa*, es un llamamiento a que termine la vorágine de sangre en su país.

En esa forma transcurren y se separan los caminos de Arévalo y Cardoza en la segunda mitad del siglo XX. En 1962, preparando la campaña presidencial del 63, Arévalo pasó un año en México, durante el cual el poeta y el político se eluden. El mexicano Jesús Silva Herzog, amigo de los dos, intentó acercarlos, pero fracasó. Según Cardoza, fue él quien se opuso al encuentro.⁶⁹ La correspondencia se había interrumpido desde dos años atrás, con carta de Cardoza del 15 de enero de 1961.

⁶⁶ Cruz, Víctor Hugo, *Obra dramática de Manuel Galich*. Dos vols. Guatemala: Editorial Universitaria, 1989 - 1991, tomo I, p. 12.

⁶⁷ Cospin, Miguel Ángel, *Ydígoras Fuentes ante la faz de sus contemporáneos*. México: Talleres de B. Costa – Amic, 1970, p. 355.

⁶⁸ Arévalo, *Escritos complementarios*, p. 109.

⁶⁹ Cardoza, *El río*, p. 729.

Seis años después, acercados de nuevo por los avatares de la patria, retoman la correspondencia. Es Cardoza, con carta del 5 de abril de 1966, quien reabre el intercambio. Le escribe que le duele que se hayan distanciado, pues han “sido viejos amigos”.⁷⁰ El motivo, como en la primera carta, es la situación política prevaleciente en Guatemala, donde el mes de marzo anterior había ganado las elecciones presidenciales Julio César Méndez Montenegro (1966–1970), un antiguo militante de la Revolución de Octubre del 44. La promesa de retomar el proyecto revolucionario le atrajo el apoyo de amplios sectores de la población, incluyendo a las fuerzas de la izquierda que habían tomado el camino de las armas.

Arévalo comparte el entusiasmo del triunfo electoral. El 12 de mayo le escribe a Cardoza que el ejército retornaría a sus cuarteles bajo una: *poderosa acusación pública en materia de robos y crímenes*.⁷¹ Cardoza sigue siendo escéptico y de nuevo tendría razón. Los militares no retornarían a sus cuarteles. Los crímenes perpetrados por Peralta Azurdía antes de entregar el poder⁷² eran sólo el comienzo de una terrible historia de sangre y muerte. El caso de los asesinados por Peralta Azurdía nunca fue esclarecido, ningún militar, como pretendía Arévalo, sería llevado a los tribunales; mucho menos los responsables de los crímenes y masacres cometidos durante los posteriores regímenes militares. Y esta historia, definitivamente, es uno de los mayores lastres que arrastra hasta hoy Guatemala.

Las cartas están escritas al calor de los acontecimientos, espontáneamente, ni el político ni el literato escriben para dejar “buena imagen”, aunque no faltará quien busque en ellas el detalle que alimente la cizaña, la leyenda negra. Lo que trasciende, como sucede con este tipo de fuentes, es la individualidad, los rasgos personales. A la par de la identificación con *los trabajadores, los campesinos, los indígenas*, los únicos, los verdaderos representantes de los intereses de Guatemala, escribe en una ocasión, destaca el fuerte ego de Arévalo, quien a veces reduce los acontecimientos al enfrentamiento entre arevalistas y antiarevalistas. En Cardoza se percibe cierta dureza, un rasgo que lo acompaña toda su vida, que se agudiza con la caída de Arbenz, conforme se acumulan los desencantos. Gómez Carrillo (1873–1927) había llamado alguna vez a Guatemala su “joroba”, un país vergonzante, que no brillaba en el mundo como México o la Argentina. Cardoza era otro, otros los tiempos, pero su relación con Guatemala es también frustrante y dolorosa; lo atormenta un lado oscuro: el país “irredento” que permite el señalamiento de las dictaduras, como se lamenta frente a Marroquín Rojas,⁷³ un adversario que comparte sus frustraciones.

El motivo de la correspondencia es la política; pero también intercambian sobre los proyectos intelectuales, pues son los años en que ambos producen algunas de sus mejores obras. Arévalo se ocupa con varios de sus textos autobiográficos; al mismo tiempo sigue de cerca el acontecer político guatemalteco y latinoamericano, sobre el que publica ensayos y numerosos artículos, todavía dispersos en la prensa de la época, que se citan en la parte de la correspondencia.

Guatemala, la Democracia y el Imperio, escrito con rabia e indignación en los trágicos días del derrocamiento de Arbenz, pertenece a la etapa del Arévalo “antiimperialista”.⁷⁴ *La Fábula del tiburón y las sardinas* está escrito en el mismo tono de protesta y denuncia, “lleno de envidia”, como lo anima Cardoza. En este libro compara la Guatemala de Arbenz con la Nicaragua de mediados del siglo XIX, cuando José

⁷⁰ Ver más adelante p. 234.

⁷¹ Ver más adelante p.239.

⁷² Ver más adelante p.235.

⁷³ Marroquín Rojas, *En el mundo de la polémica*.

⁷⁴ Arévalo, *Escritos complementarios*, p. 32.

Madriz Rodríguez se vio obligado a renunciar a la presidencia para evitar la intervención militar de Estados Unidos. Arbenz, como Madriz Rodríguez, son para Arévalo dos héroes, dos víctimas del imperialismo norteamericano. El libro fue editado de inmediato en varios idiomas, en Cuba apareció en una edición ordenada por el propio Fidel Castro. Tres décadas después Arévalo escribirá orgulloso sobre el éxito de la edición cubana, también quejándose de que no recibió un solo céntimo como derechos de autor.⁷⁵

Arévalo, según Cardoza, se habría olvidado después de estos años, habría renegado de la actitud antiimperialista. En las memorias, sin embargo, Arévalo los recuerda orgulloso, dolido todavía ante a Estados Unidos, que por la posición antiimperialista le pasaría la cuenta apoyando el golpe militar de Peralta Azurdia. Las actitudes posteriores de Arévalo, todos los intentos de la oligarquía guatemalteca para llevarlo a su redil, no borran estos años del compromiso social, están marcados con fuego en la historia de nuestro país.

El retiro a que obliga el golpe militar lo aprovecha Arévalo para dedicarse a las obras de orden autobiográfico. *Memorias de aldea* (1963), *La inquietud normalista* (1970), el *Despacho Presidencial*, etcétera. Éste último libro, publicado póstumamente en 1998, ha sido señalado de polémico, sobre todo lo referente a la muerte del coronel Francisco Javier Arana en 1949. Gleijeses hizo un estudio bastante completo sobre este capítulo de la historia guatemalteca.⁷⁶ En la correspondencia es un tema molesto para Arévalo; y con razón, oscureció su carrera política y las relaciones con Arbenz, quien cargó con la responsabilidad del acto. La única vez que coincidieron en el exilio, en Montevideo, éste le reprochó no haber aclarado nunca públicamente el hecho.⁷⁷ En la correspondencia Arévalo pasa en silencio el encuentro con Arbenz.

La obra de Arévalo, polémica como su tiempo, constituye una de las pocas reflexiones que ha hecho un presidente guatemalteco sobre la realidad política y social de su patria, tal y como lo hicieron estadistas relevantes como José Vasconcelos o Raúl Haya de la Torre. En Guatemala esto es inusual. A las elites, políticos y dirigentes, civiles o militares, sólo les ha interesado enriquecerse, reprimir a su pueblo, nunca buscar caminos que liberen de las oscuras y oprobiosas estructuras en que vegeta y se desangra Guatemala desde tiempos coloniales. Y esto, en uno de los pocos actos valientes que mandatario alguno ha emprendido en Guatemala, fue lo que infructuosamente intentaron Arévalo y Arbenz. Un atrevimiento que todavía espanta a la oligarquía de este país, que recurriendo a todos los medios, a panfletos de ocasión, a pseudo historiadores, se niega y desvirtúa, se trata de borrar de la memoria histórica.

Cardoza destaca en la correspondencia como el intelectual comprometido de su tiempo, como lo fueron Sartre o Neruda. Se podría pensar, y lo dice en las cartas, que vivía dedicado única y exclusivamente al acontecer político de su patria; lo que, por otro lado, no afectó su labor literaria. Al mismo tiempo que intercambia con Arévalo mantiene una nutrida correspondencia apoyando a la editora de la obra de Antonin Artaud,⁷⁸ uno de sus amigos poetas de la estancia europea. Por esos años, de 1955 a 1957, recibe una beca del Colegio de México, entonces bajo la dirección de su viejo amigo Alfonso Reyes, para realizar una investigación sobre Clemente Orozco, lo que le dio la oportunidad de continuar los estudios sobre el muralismo mexicano de los

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 50.

⁷⁶ Gleijeses, *La esperanza rota*, pp. 61 - 90.

⁷⁷ Vilanova de Arbenz, María, *Mi esposo, el presidente Arbenz*. Segunda edición. Guatemala: Editorial Universitaria, 2003, pp. 83 - 84.

⁷⁸ Bradu, Fabienne, *Artaud, todavía*. México: Fondo de Cultura Económica, 2008.

años treinta y cuarenta.⁷⁹ La seriedad de su trabajo está en obras como *Guatemala las líneas de su mano*, publicado en el primer semestre de 1955, hasta hoy el mejor ensayo histórico y literario hecho sobre Guatemala.

La política, es decir, la lucha por liberar a su país del atraso y la dictadura, era para Cardoza algo importante, vital, sin que por ello dejara de ser el hombre de letras, el poeta. Una manera de salvaguardar su literatura era mantener las distancias entre lo uno y lo otro, donde la independencia partidaria fue sin duda decisiva. A finales de 1955, después de *Guatemala las líneas de su mano*, cumpliendo con el compromiso político, publica *La revolución guatemalteca*. Antes de editarla se la presentó a Arbenz para que tomara nota de las críticas que le hacía a la renuncia presidencial. El acto, escribe, dejó a Arbenz “perplejo y preocupado”.⁸⁰ Pasarían los años para que este hombre, que asumió y sufrió la culpa de una derrota que todos le achacaban, en alguna forma evadiendo la propia responsabilidad,⁸¹ diera su propia versión sobre los hechos en la entrevista de Suiza de 1968.⁸²

Entre lo escrito por Cardoza en los últimos años destaca *El río, novelas de caballerías*, la obra que recoge sus memorias, testimonio de su tiempo, de los hechos, la gente que conoció, del compromiso con la literatura, con el país, sin claudicar en ningún momento con los principios de toda una vida. En 1985, un año antes de publicarlas, provocador como siempre, se las anuncia a Arévalo en la dedicatoria que le escribe en el *Malevich*: “Para Juan José, socialista ‘espiritual’; ¿por qué no me mandas tus memorias?, las mías, incendiarán las montañas y los mares”.⁸³ Por ese tiempo Arévalo estaba culminando sus propias memorias: *El candidato blanco y el huracán* (1984) y los *Escritos complementarios* (1988), que Cardoza tal vez todavía conoció; no así el *Despacho Presidencial*, escrito en 1977 y publicado hasta en 1998.

Las cartas informan sobre un período crucial en las vidas de Arévalo y Cardoza, que también lo fue para Guatemala. En ellas la historia aparece como fue vista o quiso ser hecha por sus signatarios, reflejan las contradicciones de un país que no logra encauzar su camino, ayudan a entender la historia guatemalteca de la segunda mitad del siglo XX. Medio siglo después sigue siendo una historia oscura, glorificada o satanizada, poco estudiada, prácticamente desconocida para la mayoría de los guatemaltecos. Y esto, conocer nuestra historia a partir de dos de sus exponentes más significativos, es sin duda el principal aporte del epistolario.

⁷⁹ Ver más adelante el texto a la altura de p. 139.

⁸⁰ Ver carta de Cardoza del 12 de diciembre de 1954, p.78.

⁸¹ Así sucede, según Alfredo Guerra Borges, con el documento del PGT de mediados de 1955 donde se culpa a Arbenz de la derrota del 54. Ver más adelante la nota 212.

⁸² Cehelsky, Marta, “Habla Arbenz’ Su juicio histórico retrospectivo. Entrevista a Jacobo Arbenz Guzmán. Suiza, 1968”. *Revista Alero*. No. 8 – Tercera Época (septiembre - Octubre, 1974), pp. 115 – 121.

⁸³ Tuvimos acceso a esta dedicatoria a través de una fotocopia que conserva Roberto Díaz Castillo.